

REVISTA VENEZOLANA.

DIRECTOR — JOSÉ MARTÍ.

AÑO I.

CARACAS, JULIO 1º DE 1881.

NUM. 1º

PROPÓSITOS.

Extraña á todo género de prejuicios, enamorada de todo mérito verdadero, aflijida de toda tarea inútil, pagada de toda obra grandiosa, La REVISTA VENEZOLANA sale á luz. Nace del afecto vehemente que á su autor inspira el pueblo en que la crea: va encaminada á levantar su fama, publicar su hermosura, y promover su beneficio. No hace profesion de fé, sino de amor. No se anuncia tampoco bulliciosamente. Hacer, es la mejor manera de decir.

Hierven aquí, en pasmoso número, singulares ingenios. Las liras, como aquellas blandas arpas, vibran con desusados sonos al soplo mas leve del espíritu, ó se cuelgan de rosas para encomiar á los nativos héroes, ó recojen al paso de los vientos la queja de las selvas impacientes y el estruendo de las tormentas mujidoras. Un anciano débil, escribe como Carlyle; tal abogado, como Taine; tal académico de la Historia, como si sobre sus páginas virtiese caja de ricas joyas, que fulgurasen y llameasen al vibrante sol. Señalado vigor, que viene de la general virtud; delicadeza extrema, que se debe al suave influjo de las castas damas; sano y ámplio lenguaje, como de noble casa solariega; y algo, en suma, de monumental y de ciclópeo, fragante aquí como la Biblia, tonante allá como la historia, retempagueante acá como la batalla, — avaloran é ilustran los

talentos de esta tierra, de tanta alteza cuna que bien puede suspirar por ella el ánima cautiva, sin miedo de que el rubor encienda el rostro, ni los menguados lo tengan á lisonja.

¿Cómo, del natural asombro que el número y valía de los trabajadores de la mente causa al que los observa, y con ellos goza, — no ha de venirse á la creacion de un hogar pobre, mas limpio, y con la buena voluntad aderezado, donde campéen con sus variadas dotes estos hombres extraños, en cuyas manos generosas pone al nacér hada benéfica la péñola y el plectro? ¿Ver gloria y no cantarla? ¿Ver mérito, y no celebrarlo? ¿Ver cubiertas de polvo, averiguaciones minuciosas, tradiciones amadas, memorias de épocas viejas, de arte patrio, de libros patrios, de hombres patrios, y no salvarlas con cuidado amante, y sacudir las á la clara luz? ¿Dejar, como trabajo de escasa monta, á pasto de roedores, éste imparcial estudio de una vida imitable, aquel acucioso exámen de nuestros elementos de riqueza, cuál pintoresca escena de costumbres indias, cuál notacion curiosa de nuestra fauna y nuestra flora, y nuestra atmósfera matizada de colores, y nuestro aire henchido de perfumes? O una triste memoria de aquellos tiempos olvidados, de hombres desnudos y penachos vívidos? O una tranquila escena de aquellas pampas vastas, con su sacerdote de cabellos blancos, y sus indígenas sin inquietud y sin ventura? O un combate de filibusteros? O una sesion de nuestro primer Congreso? O una cabalgada del fúlgido Bolívar? O aquellas plazas nuestras, con su árbol histórico y coposo, y su orador magnífico, y su apiñada y clamante muchedumbre? O nuestros adelantos, futuro desarrollo, ó sábias leyes? He ahí á lo que viene la REVISTA, á toda pasion doméstica y caso de debate interno decorosamente

agena: nó á detenerse en lánguidas y peligrosas contemplaciones de la gentil Naturaleza, útiles solo cuando de ellas nacen la certidumbre de la poquedad de nuestra vida, — y urgencia de prepararnos por la austera virtud para la próxima, — ó el patriótico anhelo de poner á bullir sus colosales y dormidas fuerzas; nó á dolerse, con boabdílea rima, de esos imaginados males de hábito que de bracear en mar de versos, no en mar de verdadera vida, vienen; nó á decantar como razon de una culpable calma las históricas glorias, que no han de ser á pechos esforzados más que el deber de conquistar las nuevas: — á poner humildísima mano en el creciente hervor continental; á empujar con los hombros juveniles la poderosa ola americana; á ayudar á la creacion indispensable de las divinidades nuevas; á atajar todo pensamiento encaminado á mermar de su tamaño de portento nuestro pasado milagroso; á descubrir con celo de geógrafo, los orígenes de esta poesía de nuestro mundo, cuyos cauces y manantiales genuinos, más propios y más hondós que los de poesía alguna sabida, no se esconden por cierto en esos libros pálidos y entecos que nos vienen de tierras fatigadas; á recojer con piedad de hijo, para sustento nuestro, ese polvo de gloria que es aquí natural elemento de la tierra, y á tender á los artífices gallardos las manos cariñosas, en demanda de copas de oro en que servirlo, á las gentes — aún no bastante absortas: á eso viene, con más amor que fuerza, y más brio que aptitudes, la REVISTA VENEZOLANA.

Cosas grandes, en formas grandes; sentimientos genuinos, en pulquérrimos moldes; acendrado perfume en ricas ánforas: he aquí lo que ella anhela, y á poco que la ayuden, hallará. Vendrán á ser en esta tarea los trabajos del que la encabeza y esto escribe, — como aquel

cobre humilde, tan escaso de valer cuanto necesario á toda liga. Aposento natural tiene en la REVISTA VENEZOLANA todo pensamiento americano; y cuanto al bien de nuestras tierras, y á auxiliarlas á formar conceptos propios y altos contribuya. No se publicará en extraño pueblo libro de nota que aquí no sea explicado; ni libro alguno entre nosotros que no nos halle con la pluma alzada en pró de sus bondades, y en escusa de los que nos parezcan extravíos. Amar: he aquí la crítica.

No obedece LA REVISTA VENEZOLANA á grupo alguno literario, ni la perturban parcialidades filosóficas, ni es su criterio airado y exclusivo, ni viene á poner en liza, sino á poner en acuerdo, las edades. Son las letras como madres generosas sobre cuyas rodillas se apaciguan las fugaces querellas de sus hijos. Pues ¿quién contiene esta irresistible simpatía que nos empuja, como á amado hermano, hácia el que, fatigado del interior demonio ardiente, lo echa de sí en resuelta prosa, ó en alada rima? ¿No son todos buscadores de la verdad, con lámparas de colores diferentes?

No abandonarnos nos prometen nuestros amigos generosos, y La REVISTA VENEZOLANA se levanta en sus brazos, bien segura de ellos. De venir aquí empeñan promesa, y ya les vemos venir en procesion de vencedores, Arístides Rójas, con la América á cuestas; con sus proféticas visiones, Cecilio Acosta; el reposado Soublette, con su palabra clásica; con la suya elocuente, arrebatada y justa, Guillermo Tell Villegas; y el hidalgo Saluzzo, con sus voces sentidas; y Eduardo Blanco, el caballero de la gloria; y el vivaz Núñez de Cáceres, con su obra varia y nueva; y Morales Marcano, que arrebatata al espíritu sinuoso sus ondas invisibles, y les dá molde férreo;

y el amado Aveledo, á contarnos coloquios con la naturaleza. Con cítara de oro, colgada de caléndulas, dirá Eloy Escobar sus cosas tristes; y con daga de señor, más que con plectro, tañerá en la suya el caballeresco Diego Jugo; y cantará Francisco Pardo sus arrogantes versos, de alas grandes de luz; y revolverá los suyos Armas, poderosos y límpidos; y cubrirá de rosas de Fíngal á nuestros bravos el culto Tejera; y los ensalzará con entusiastas voces Arismendi; y como Plácido gemirá Domingo Hernández, y Julio Calcaño dará á los vientos su flexible lira, y Arvelo sus sinceras dulces cántigas, y Heraclio Guardia pulsará con mano enérgica su laud fundido en el bronce macizo y resonante de los clarines de la lid moderna. No será, pues, tribuna egoísta, este humilde periódico; sino casa modesta, donde todo sereno pensamiento, y pensador hidalgo, tendrán casa. Alhajado está el hogar; y los miembros del Areópago citados: ¡sea todo, humildemente, en prez de Venezuela, y de la América!

JOSÉ MARTÍ.

DON MIGUEL PEÑA.

Honrar, honra. Hubo, ha setenta años, sucesos tales en esta ilustre tierra, que solo en atención á que la polvareda que los ejércitos levantan en su marcha elévase tan alta cuanto son ellos numerosos, pueden aún los que abrieron la gloriosa vía estar oscurecidos por el polvo del camino. Mas no á los ojos de los que en él andamos. Valencia erije hoy una estatua al Dr. Peña: pues hoy paga Valencia lo que debe.

Aquel lidiador audaz, que así movía la espada como la pluma, sin que la pluma fuera más extraña á sus manos que la espada; aquel tribuno apuesto que supo, de los paños de la casaca colo

nial, corta y estrecha, hacer túnica y toga; aquel héroe colérico, sentidor de lo grande, amator de lo propio, mirado siempre como igual y como enemigo terrible por los héroes; aquel que con su amor ayudó á fundar pueblos, y con su rencor á volcarlos; aquel en quien la pasión no perdió nunca los estribos del juicio, pero en quien, sobre los estribos del juicio, no dejó nunca de erguirse, implacable y ardiente, la pasión; el que rivalizó en pujanza con los grandes, y venció en astucia á los pequeños; el que por una vez que sacó provecho desusado de las arcas públicas, trabajó siempre con fogoso empeño en defensa y provecho de la patria; el que llevaba á los Senados, inquietos y encendidos, en aquellos tiempos de hervor y de batalla, un bravo corazón americano y el arma con que había de defenderlo;—merece presidir, en aposento de bronce, los destinos de la ciudad que él supo hacer tumba de realistas, fortaleza de derechos y cuna de republicanos.

Era Peña hombre entero y erguido, ni medrado ni rico de cuerpo, importante de suyo, y gallardo, con esa gallardía que viene de la alteza del espíritu, y da singular realce á lo vulgar, y disimula ó trueca en bello lo mezquino. Era de cara enjuta, aunque maciza; de ojos claros y vivos, llenos de empuje y de poder de exámen; de boca fina, como de hombre agudo; de frente alzada en cúpula, cual frente de letrado, azotada á menudo por un guedejo de cabellos lacios, signo seguro de hombre indómito. Limpió de barba llevaba el rostro; ceñía á su talle, grave casaca de elevado cuello, de entre cuyas solapas anchurosas rebosaba, sobre el chaleco de enhiestos costados, la rizada pechera, aquí y allí prendida con perlas lujosas.

Bullia en las aulas, en la primera década del siglo, señalado por su palabra risueña y flage-

lante, y expedientes fáciles, y ciencia de Ordenanzas y Novísimas, el que habia de fatigar caballos, defender murallas, vestir disfraces, conmovier congresos, apasionar ciudades, desatar y enfrenar iras, y presidir á hombres ilustres. Gastados, más que por los propios pesares, por los agenos; hijos de casas donde, con los vaivenes de los tiempos, son huéspedes de turno el fausto y la penuria, y ora se bebe en copa de Bohemia, ora no hay licor de qué llenar la copa; nacidos en el lomo de un corcel frenético; mecidos, más que en cuna, en olas de la mar, son los hombres ahora á los veinte y cinco años, gigantillos cansados, jefes tal vez de familia numerosa, pálidos de alma y pálidos de cuerpo. Mas por entónces causó asombro que á los veinte y seis de sus años agitados, fuera Peña, con merma de sus fuerzas, por lo excesivo del trabajo, Abogado Relator de la Excm. Audiencia Española.

¡ Tal freno era preciso, duro freno de leyes, á un hombre en quien la misteriosa Naturaleza parecia haber dado carne al odio sagrado y la cólera batalladora de América ofendida! Pasiones numerosas le agitaron, y más que de perdón, supo de ira; pero no hubo entre ellas alguna que moviese su voluntad á más hazañas ni su elocuencia á más esfuerzos, que la independencia de su América. Su mano buscaba instintivamente el bridon y las armas, cuando, ya echado el señor, se le hablaba de reesclavitud. Anheló de milicia le posee; y, como en carta suya á Flemming, su pluma que se divierte en los primeros trozos en discurrir cual venadillo suelto, por entre los razonamientos de sus domésticos enemigos, truécase de súbito, no bien sabe que se trata de invasion probable, en lanza trémula, inquieta en el estribo, cuya asta azota impaciente el banderín de guerra.

Era su modo de hablar, como su modo de escribir, igual en lo alto. Las frases que decía, como los renglones que con mano firme trazaba, eran rectas y netas; sus letras, como sus pensamientos, aceradas, y como su imaginación, rematadas por rasgos airosos, de amplio vuelo. Corría su palabra sin esfuerzo, y sin movimientos convulsivos, ni desigualdad ni arrebatos, ni fulgor boliviano, aquí segando y allí tajando, como de quien no quiere ver lo que taja ni siega. Nunca fué locuaz, por lo que fué siempre elocuente. Ni rehuía combate, ni gustaba de provocarlo. Ni dejó nunca de adivinar el pensamiento de los otros, ni fué nunca posible adivinar enteramente el suyo. Vestidos de cristal estaban los demás para él: y él, para ellos, de sombra. Hecho al ruido de las armas, no le movía á miedo el de los parlamentos; y habituado á oír fieras, parecíanle pequeñas las pasiones. Serenamente hablaba, sin cuidar de ser galano ni correcto. No esquivaba, ántes buscaba, un chiste oportuno, y con la gracia de la aplicación, redimía la vulgaridad del chiste. A sucesos grandes reservaba las palabras grandes, — y era fuerte, porque en su odio y en su amor, era constante y sincero. — Cuando ya nó el anhelo de desconcertar á sus contrarios le movía, si no el riesgo de la independencia de la patria ó de la propia honra, henchíase su natural caudal, como río que recibiese inesperadamente aguas de montes, y con el sonar y atropellar de los torrentes caía sobre los absortos enemigos: — aunque en lo tonante, no era abundoso. Saltábanle al encuentro imágenes gráficas y osadas, y aquellas palabras precisas y nervudas que hallaban tan fácilmente nuestros padres, hechos á batir á Encélado, y á templar hierro en la fragua de Vulcano. Su discurso, á las veces, flamea: “Lo que debemos hacer es tocar á punto de reunión!” — “Si vienen, suspenderemos nuestra contienda hasta

que los hayamos acabado de enterrar, y sobre sus despojos cantaremos himnos á la Patria, y con su sangre escribiremos nuestros derechos á la Independencia, y continuaremos despues la obra de la Libertad!" — Era su discurso como invisible constrictor que atraia, con hábiles artes, á sus víctimas á su dominio peligroso: y oíase á poco el crugir de los contrarios argumentos, deshuesados y estrujados por el boa. Venia, en lo comun, sobre sus contrarios, como la ola de pacífico mar sobre la playa: se extendia con manso ruido y se hacia señora de la arena. Su réplica vivaz igualaba á su dialéctica contundente. La historia de otros tiempos, y el espectáculo de los suyos, daban á su estilo aquella singular elevacion, que pareciera entre nosotros hipérbole ridícula, y era entónces único propio y natural lenguaje. Volvió á saberse entónces cómo hablaban los cíclopes.

Con ellos estaba siempre en faena el Dr. Peña. Con él nace, y por él muere, Colombia. De él teme Bolívar, que lo acaricia. Él da pensamiento á la lanza de Páez. A Miranda, lo acusa. Con Santander, combate. A los jefes del Llano, los convence. Burla á Monteverde. Burla á Bóves. Y cuando las almas fuertes, fatigadas de su grandeza excesiva, ó de la agena pequeñez, desmayan, — él, sobre el héroe dormido, alza al abogado. Luego de Cúcuta, Valencia.

El preside en todas partes, donde Bolívar no preside: en San Diego de Cabruta, donde acerca y confunde, en flamígera masa, las guerrillas del Llano Oriental; en el Congreso de Cúcuta, donde firma en 1821 la primera Constitucion de la República de Colombia; en la Alta Corte de Bogotá, donde salva, si no la vida de Leonardo Infante, su honor de magistrado; en el Ministerio de Páez, y en su ánimo; en el Congreso famoso de Valencia; en el Senado inquieto de 1831.—Con él van

siempre su tono personal, su voluntad precisa, su ánimo batallante, su facilidad venturosa de ofrecer en sentencias breves ideas graves. A los suyos organiza: á los adversos, desbanda. Severo en los primeros años de su vida, cuando la severidad es fácil, truécase en indulgente cuando tiene que serlo consigo propio: que no hay como vivir para aprender á tener compasion de los que viven. Fué tan hábil, que su habilidad mató su grandeza. La habilidad es la cualidad de los pequeños.

Así se sentaba él en la áspera silla del caballo llanero, como en aquellas de cordoban respunteado de seda de colores, ornamento preciado de las salas en aquellas épocas modestas. ¡Qué activo en todas partes! ¡Qué brioso en la Sociedad Patriótica! ¡Qué buen republicano, en los primeros años difíciles de la República! ¡qué bravo, cuando acusa á Miranda! ¡Qué injusto, cuando lo prende! qué útil en los Llanos! En Cúcuta, ¡qué asídúo! En Bogotá, ¡qué fiero! ¡qué pequeño en lo de los dineros de la agricultura! ¡qué laborioso en su Ministerio! ¡qué imponente en el Congreso de Valencia! Y en el Senado, ¡cuán discreto!

Hierve la Sociedad Patriótica en encontradas opiniones: Miranda es prudente, Bolívar es grande, Peña es osado: ni á Bolívar ni á Miranda cede. Con pujante discurso echa por tierra pareceres menguados. Desnuda su carácter. Arranca de Bolívar aquel clamor famoso, hijo de siglos que ha de durar siglos, sin que sea parte á su duracion y fama justa esa opinion irreverente que como ave de noche, suele enfriar el aire en torno nuestro, por cuanto es ley moral que las virtudes sean ménos estimadas por aquellos que viven en constante contacto con los virtuosos,— y en pueblos como en rios, es fuerzá, para juzgar del beneficio de las aguas,

esperar á que se sequen, al sol del tiempo, los residuos limosos que la corriente deja en su camino. Su lengua, aquella noche, se hizo azote. Peña va á repetir su discurso, tonante como un monte que revienta, al seno del Congreso. Esto es el dia 4. El dia 5, el Congreso declara independiente á Venezuela, independiente á América!— Ah! es que hay sucesos tales, que exigen tanta grandeza en los que han de soportarlos como en los que los realizan!

Asesor de Miranda es ya el conspicuo Peña. De sí arranca, y en Trinidad, donde le envió la Colonia á asesorar á un abogado inglés, habia fortalecido, el instinto del gobierno propio. Opónese con brio á toda exigencia de órdenes sociales. Ve en el sacudimiento un cambio de esencia, y no de forma. Enamórase de esta palabra hermosa: ciudadano. Las plazas griegas y las juntas francesas lo hubieran reconocido como suyo. Miranda ha enfrenado en Valencia la soberbia realista: en su obra severa, júzgase alcanzado— en la persona de su padre— Peña. Ni ama al compañero, ni teme al Jefe, ni quiere distinguir qué es valor, qué es cólera. Acusa á Miranda ante el Congreso. Vélo inferior á sí, porque lo vé ménos enérgico. Y ¡cuán bello, eso de acusar con voz segura á un jefe poderoso que el pueblo ama! Respétalo la Cámara: el pueblo airado ruje: vése de su acusacion, que no halla curso, lo imprudente, nó lo valeroso.

¡ Ah! ¿ por qué firma Peña la órden de prision de aquel anciano, de quien tenia el gobierno del puerto de La Guaira, en que lo prendia? ¿ Qué es la grandeza, sino el poder de embridar las pasiones, y el deber de ser justo y de preveer? Miranda, que en su capitulacion con Monteverde desconoció el vigor continental é inextinguible de las fuerzas que estaban en su mano,

no cometió mas falta que ésta. Era él anciano, y los otros jóvenes; él reservado, y ellos lastimados de su reserva; él desconfiado de su impetuosidad, y de su prudencia ellos: quebraron al fin el freno que de mal grado habian tascado, y creyeron que castigaban á un traidor, allí donde no hacian más que ofender á un grande hombre.

Cierra Casas, el compañero de Peña en el Gobierno, el puerto á los emigrados, de orden de Monteverde, á quien acata; queda Miranda preso; huye Peña; ampárale Carácas; surge de nuevo, acaudillando bravos, en los Valles de Aragua. Él resiste, él dirige, él mantiene. Bóves, que algun nombre han de tener las fieras, cerca á Valencia. Miéntras la espada tiene punta, esgrímenla los valencianos: rota ya hasta el pomo, cejan. A Peña, su hijo ilustre, acuden. Él se encara al terrible; recábale franquicias; arráncale promesa de respeto á clero y á seglares, á gentes de armas y gentes pacíficas; tómale de ello juramento por su vida, honra y Dios. Mas tal como los ríos, que han amontonado con ruido sordo nuevas aguas ante la enérgica represa, saltanla al cabo y quiébranla, y se echan por el cauce y por los bordes, en crespas ondas roncadas, así la ola de sangre pasó sobre la mísera Valencia. Fueron horas frenéticas de bestia.

De casa de la dama valerosa, Vicenta Rodríguez de Escorihuela, salió, protegido de un disfraz, el defensor del cerco. Acá se finge clérigo, y leñador allá, y allá demente. No olvida lo que vé, ni lo que oye. Vencer le es preciso, puesto que le acaban de vencer. El lamento es de ruines cuando está enfrente la obra!—Llega por fin al campo de Zaraza, el jefe de los laureados de Rompelínea, el que en Maturin desaloja á Morales, en la Hogaza hiere á Latorre, en Quebrada Honda combate contra Quero, y remata luego á Bóves

en Urica. ¿Qué importa á Peña que el agua le venga ahora, no ya de la porosa piedra, ornada de frondosa yerbecilla, sino de la rústica tapara? ¿Qué que sea su lecho el colgante chinchorro, ó el áspero cuero, y troncos de árboles su asiento, y cráneos de caballos? Con su palabra calurosa, y la autoridad que en sí llevaba, crea rápidamente y sin auxilio, sobre las menudas rivalidades de caudillos, un Congreso en el Llano. Acá monta; allí riñe; seduce á éste; á aquel convence. Él hace de los rivales, apretados amigos; y de las guerrillas, un ejército. Reune un haz de rayos, y pónelo en las manos de Monágas. Aquella obra está hecha, juntos aquellos miembros de gigante, creada la República en el bosque. Allí arreciaba la persecucion de los realistas: allí puso su esfuerzo encima del peligro.

Sale en busca de Bolívar, y atájanle las fiebres: que suelen mezquinas causas domar á hombres egregios. Se acoje en Trinidad, donde le quieren, y pronto cura. Aún le huelgan las carnes enfermizas, cuando vuelve á Guayana: que en tiempos de peligro, el pesar mayor es estar léjos de él. Su austeridad en los comienzos; su fortaleza en las adversidades; su prontitud en el consejo, le valen á su vuelta un puesto en Cúcuta. Hecho á las prácticas republicanas, por lo que admiraba y conocia las de la América del Norte; templado en sus ardores de convencional por sus tres años de Relatoria; encendido en amor vehemente por la Independencia americana, que sus sufrimientos recientes acrecientan,— combate con ligereza y sin fatiga, maravilla por la oportunidad de sus recursos, la madurez de sus juicios, la robustez y desenvoltura de su palabra. El Congreso le lleva á su Presidencia; y desde ella anuncia á la tierra habitada que Colombia ha nacido: ¡ Ah, padre ingrato!

Envíale el Congreso á la ciudad histórica, donde á los cuatro vientos, retando á duelo singular á hombres y á dioses, regó el polvo que le cupo en el puño el altivo Jiménez de Quesada. De leyes sabe mucho, y lleva un cargo de leyes. Hay Alta Corte, que por ser alta es suya.—Que la preside, dicho se está, con verlo en ella.— ¡Qué hervir el de su casa, en Bogotá! ¡Qué apretarse contra los dueños naturales de la tierra, y qué mirarse en ella como perseguidos y expatriados! ¡Cuán poco puede el genio generoso contra la obra de discordia de los hombres! Todavía se alzan entre pueblo y pueblo, aquellos muros que los españoles astutos levantaron! Sí hubo falta en Bolívar: la de medir el corazón de todos los hombres por el suyo. Sí hubo iniquidad en los conquistadores: la de amontonar obstáculos gigantes, de vientre de sangre, á la existencia de sus hijos. De ladridos de gozques fué aturdido,—y de mordeduras de gozques muerto, el formidable americano. Murió de amor de padre,—de ver morir á su hija.

Agitábanse en casa de Peña todos aquellos rencores que la colonia había animado, y los que de la guerra y del Congreso de Cúcuta habían nacido, con la elección de Bogotá para capital, y el nombramiento de Santander para Vicepresidente. Tales eran los muros, que no pudo fundirlos aquel fecundo sol de gloria. Arrebato de amor había sido el levantado pensamiento colombiano: lo que alcanzó el prestigio del héroe, lo destruyeron las vanidades é intereses de los hombres. Oh! qué dolor! ver claramente en las entrañas de los siglos futuros, y vivir enclavado en su siglo!— Por entónces, ni los venezolanos gustaban de ser mandados por los granadinos, ni éstos de ver á aquellos en su casa, ni importaba al Vicepresidente de Colombia tánto ser teniente en un pueblo

dilatado, como capitán en pueblo propio. De Carácas se quejaba Santander, y de Peña; y Peña, de Bogotá y de Santander. De la primacía de los bogotanos sufrían los de Venezuela, y los de Bogotá de la mayor gloria, inquietos talentos é incómoda presencia de los venezolanos. Ni al Vicepresidente gustaban la importancia y destreza del Presidente de la Alta Corte, — ni á éste verse relegado á aquella condición oscura é ingloriosa, donde su férvida palabra, — que es la palabra águila que no consiente tener plegadas las alas largo tiempo, — pugnaba en vano por alzar el vuelo de aquel cerco menguado de procesos. El batallador quería batalla; húbola, al fin, siniestra.

Tenia monarca venezolano el barrio de San Victorino. Gastaba lujosísimo uniforme, sombrero de gala y sable sonador; y era lo cierto que no había bravo sin miedo, ni zagala en calma, desde que estaba en Bogotá Leonardo Infante. Como á tierra conquistada miraba él, más apuesto de cuerpo que rico de cultura, el barrio en que vivía; y como á dolorosa humillación tenían la presencia del arrogante negro en la ciudad los bogotanos. No se veían en la ciudad sus increíbles hazañas, sino sus desordenados apetitos. Burlaba á uno, ponía espanto al otro, reía de todos, codiciaba á casadas, pagaba á celestinas, y vivía en poblado con aquel desembarazo primitivo, brusco donaire, y altiveza salvaje del llanero. Tamaño heroico tenía el negro bizarro, y era de los que hizo Naturaleza para dar cima á cosas grandes.

De un caso de conflicto andaban en busca aquellas iras mal sujetas, de que eran muy principales teatros la casa de Santander y la de Peña. Ossio, Pérez y Arvelo eran tenientes de éste: de Santander, Azuero y Soto. Colmo hallaron las iras por Infante. Muere un Perdomo; dícese, sin razón suficiente, que Infante lo había muerto. Los

rencores bullentes se desatan; "San Victorino libre!" claman los pasquines que los barrianos fijan en las calles; alégranse los bogotanos de tener por reo á aquel héroe importuno; prepáranse los de Venezuela á su defensa. De un lado se decide la mala ventura de la víctima, — y del otro ampararlo de ella bravamente.

No fué, por cierto, entónces cuando el Dr. Peña cambió por otro más flexible y sombrío el carácter austero y poderoso de los primeros años de su vida. A cóleras populares, y á más terribles cóleras, hizo frente. Las manos trémulas del apasionado defensor, no alteraron los pliegues magestuosos de la toga viril del magistrado. Salvando urgentes trámites con extraña premura, sentencian á Infante dos jueces á muerte, uno á presidio: libre le quieren dos restantes. Llámase un conjuez, que vota á muerte. Pues entre tres votos á vida, y tres á muerte, no hay sentencia de muerte: "¡No firmo esa sentencia!"—A que la firme le conmina el Vicepresidente. Que no puede conminarle arguye Peña. El Congreso le acusa ante el Senado: ¡arrogantísima pieza de oratoria, su defensa! Las indómitas iras que azotaban el pecho del lastimado venezolano, no salieron á su rostro, ni á su lenguaje, sino con una amarga frase, preñada de dolor y de amenaza: "Yo abrigo la esperanza de ser el último colombiano juzgado por tribunales tan parciales!" Es una pieza esbelta y sólida, de oratoria de buena ley, ricamente engranada, donde la ciencia llega al lujo, la disposición á la amenidad, y el desprendimiento á la grandeza. ¡Con qué respeto debió oírsele, y qué respetuosa es toda ella! ¡Cómo ponía su orgullo herido por debajo del interés que la vida de Infante le inspiraba! Sus frases, como aquellos dardos celtas, partían robustas y aceradas, á clavarse en el trémulo escudo, que se doblaba á su gran peso.

“Inútil sería que un magistrado conociera la verdad y amase la justicia, si no tuviera la firmeza necesaria para defender la verdad que conoce, y combatir y sufrir por la justicia que ama.” — Decíase que el Dr. Soto, encarnizado enemigo de Infante, deseaba la toga de Peña: — “No he traído la toga para dejarla en este salón sagrado, y que la levante el que la pretenda ó la haya pretendido, porque no fuese este acto mio tachado de soberbia.” — Que la voz pública acusaba á Infante: — “La voz pública, esa estatua risueña que con voz sonora habla á cada uno el lenguaje que le agrada!” — ¿Será crimen ese vigor con que defiende á un hombre infortunado?: — “¡Mi crimen es mi gloria!” — Oyésele esta sentencia admirable: — “El pueblo, dice, amigo de novedades, previene el celo de la justicia y anticipa las decisiones de los jueces.” — “Condenadme!” acaba: — “no hay poder humano sobre la tierra que pueda hacer desgraciado á un hombre de bien!”

Argúyete el fiscal, á quien burla fieramente. Defiéndete con fraternal calor, “porque así lo haría ante un tirano,” el severo Mosquera. — Rebollo quiere que su desobediencia se le excuse. No lo quiere Hoyos. Con frío empeño y extemporánea destreza, atácale Soto. Y Gómez. — “Es modelo de buenos magistrados!” prurumpe Arosemena. — “Ha retardado el golpe de la justicia sobre un criminal que ha ensangrentado en las venas de un hombre indefenso la espada que la República le habia dado para defender sus leyes!” clama con fogoso ímpetu Narváez. Con grave continente y corteses frases, levántase á acusarle Méndez. Malo añade á la acusacion dilatada plática. — “Su desobediencia al tribunal Superior que declaró que habia sentencia, es falta leve,” dice el Vicepresidente del Senado. Se oye entonces á Briceño: — “Por error ó capricho procede, mas no debe aflijirse á

hombre tan digno y á patriota tan constante con la máxima pena.”—“Cierto,” refuerza Márquez.—“Máxima la merece!”—clama airado Larrea: “Harto nos ha costado la República, para que miremos como falta leve un hecho que tiende á subvertirla.” Con desenvuelto modo, presidencial estilo, y comun frase alístase entre los acusadores D. Luis Andres Baralt, que presidia.—“¿Es culpable de una conducta manifiestamente contraria al bien de la República?”—No! claman de entre veinte y cinco Senadores, veinte y tres.—“Pero es culpable de una conducta manifiestamente contraria á los deberes de su empleo” —declaran 21 votos. Retacéanle la pena, como si no halláran manera de imponérsela; y luego de diversas votaciones, viene á quedar en un año de suspension de su empleo, y en que de su sueldo se pague á su suplente.

Suplica Peña de la sentencia ante el Senado, y es aquel documento vigoroso, más que súplica, defensa previa de actos posteriores.—Como su resolucion está tomada, su tono es tranquilo; desdeñoso, nó airado; amenazador, con amenaza sorda. No es bueno despertar á los colosos, ni moverlos imprudentemente á ira.—“A los grandes vencidos,” dice, seguro de su alteza, “se les mata ó se les perdona!”—“Qué fuera si así juzgárais á Santander ó á Bolívar? Seria más digno de su grandeza caer y morir, que someterse á las observaciones que un ministro haria á un alcalde!”—“¿Un año me imponeis de suspension: cumpliré vuestro decreto, senadores, aun más allá del tiempo señalado!”—Como que quiere hallar un freno para su rencor, y se denuncia:—“Ved que esta sentencia vuestra puede ser origen de facciones que lleguen algun dia á turbar la paz pública.”—Lastímale que como pena le hayan impuesto la de privacion de unos dineros:—“Por fortuna me habeis impuesto una pena pecuniaria, en lo que

he sido bastante disipado." Quiere dejar en Bogotá más de lo que en ella ha recibido:—"Muchos saben que en cada año de permanencia en esta ciudad he gastado más de un doble de lo que valen mis sueldos."—"Reconced que no podeis juzgarme, por mi bien y por el de la República!"

Y murió Infante, diciendo cosas épicas á los senadores que lo condenaban y al pueblo que le oía; con lo que quedaron manchadas de sangre las cruces de Libertador de Venezuela, y de Boyacá, que le colgaban del pecho; y rota la lanza que abrió paso por la tropa enemiga en Pantano de Vargas; y Peña, airado; sepultada la prudencia; empañada la justicia, y traspasado de nueva y honda herida el pecho de la pálida Colombia.

Peña vuelve á Valencia. Reconocido de antemano, por pláticas y cartas, y por su bravura en lo de Infante, como vehemente adversario de Colombia, y penetrado de la necesidad política de dar con ella en tierra, y en Venezuela con un gobierno independiénte, —no bien llega á Valencia, que seguía sus pasos con amor, y en él tenía confianza y orgullo, encabeza las no disimuladas cóleras que, sobre los celos de Bogotá, y su dependencia de ella, encendian entre los venezolanos las disposiciones de Santander y sus amigos. Y aquí se confundieron de tal modo el hervor del rencor público, y el del personal de Peña, que fuera injusto decir que movió exclusivamente su resentimiento á aquellas rebeldías, y fuera nimio desconocer que sin él no hubieran sido tan rápidas ni tan pujantes.

Aquel público hablar; aquel caliente escribir; aquel humilde depender de un pueblo siempre tenido por menor; aquel haber de moverse conforme á la agena voluntad y no á la propia, y aquel recibir leyes donde se las habia.

dictado de continuo, puesto todo á bullir por el agravio potente de Miguel Peña, y su vivísimo amor al solar patrio,—no habian menester de tanto para alzarse en rebelion, como de aquellas justicias excesivas, que más parecieron voluntarias provocaciones, de la Cámara Bogotána, con las que fueron, Páez, acusado de mal cumplidor de leyes, Carabaño y Pedro Díaz multados en mucho, y notados feamente Tovar y Mariño.— De Páez fueron entónces los actos visibles; pero los invisibles y determinantes fueron de Peña. Ni halla, ni quiere hallar, manera de suspender el cumplimiento de la órden que separa á Páez del mando. Por él se alza Valencia, y con Valencia Venezuela. El flagela, con su pluma temida, á su rival y enemigo Santander. De éste se sacude. A Bolívar, se ofrece. No es, nó, contra aquel hombre “en quien él más que en su patria ve su patria,”— contra quien alza armas, sino contra aquellas “leyes de circunstancias” de Cúcuta nacidas, y el que á su juicio las violenta y hace ménos amables. Cuanto se escribe, es suyo; cuanto se mueve, por él se mueve; él estuvo de pié de Abril á Diciembre de aquel año. De diversos factores se compuso aquella que, por quedar en poco, fné llamada la *Cosiata*; mas fué de él el arte de agruparlos y hacerlos producir. Sin lo de Infante, lo habria hecho, mas lo precipitó por lo de Infante.

Y por aquel desdichadísimo negocio, que le valió nueva sentencia del Senado, que consistió en tomar de la Tesorería de Cartagena \$ 200.000 en onzas de oro, que á Venezuela tocaban en el repartimiento del empréstito agrícola de entónces, contada cada onza por \$ 16, y entregar \$ 200.000 en la Tesorería de Carácas, como si cada onza valiese \$ 18. Hallan los hombres excusa á los actos censurables en la frecuencia con que éstos acontecen,

y en la impunidad en que queda el delito; de tal modo que llega á causar asombro que se llame al crimen, crimen, — por el hábito de verlo cometido. Créase una especie de honradez relativa, que no satisface á los espíritus viriles, pero atenúa y excusa la falta que durante su reinado se comete. Ni vale que no parezca delito legal el que es delito moral, — que si á la justicia agena escapamos, nó á la propia. Por esto, desde entónces, — y por el necesario alejamiento en que su carácter, temido de Bolívar, y sus enérgicas gestiones en daño de las ideas caras de éste, le tenían de aquella excelsa criatura, roida por el diente interior de su grandeza y por el agudo de los hombres, — no vuelven ya á notarse en obras ni en palabras en el Dr. Peña aquella altivez sana y áspera fiereza con que dejó asombro en el Senado bogotano, para sacarlas luego mal heridas de la Tesorería de Cartagena.

Contra la voluntad de sus secuaces alarmados, y de sus émulos envidiosos, vuelve Bolívar á Venezuela alzada, poniendo silencio con la extension de su grandeza á cuantas palabras intenten celebrársela, á pedir cuenta á la rebelde hija de aquel sacudimiento y devaneo. Él, más fuerte que todos, fué más fuerte que las ansias de Páez y las iras de Peña. Ve en éste carácter bravío, ambicion defraudada, rencor que no ceja; mas gozaba su fúlgida mente, en la elevada del valenciano, desusado prestigio; y, aunque acusado Peña de émulos, y no reñido tal vez completamente — cuidando más de ser cauto político que irreprochable amigo — con sus malogrados propósitos ni con el glorioso llanero que los aseguraba, no parece que perdiera, á pesar de su prision transitoria en Barquisimeto, la confianza de Bolívar, ni que él se le negara: pues sobre confesar en carta suya que tenia del Padre de Colombia mision, y la cumplia, — es el tono de

sus cartas á él de servidor humildísimo y apasionado; y por venirle de Bolívar, que queria gallardamente redimirlo del cargo de las onzas, acata el nombramiento que le envia á la apartada Ocaña, como miembro de aquella Convencion precipitada para acallar las impaciencias de los venezolanos, y dar nueva y más sólida base á la union de las secciones descontentas de la Gran República. Ni Peña sabia olvidar, ni Santander. En vano, con marcado esfuerzo, que llegó hasta invocar en excusa de la falta de su diputado, faltas iguales y mayores de otros que ya tenian asiento en los estalos de Ocaña, escribió sus llamantes frases el Libertador, en la admision de Peña muy viva y principalmente interesado. Con todas sus artes se revuelve Santander contra su temidísimo adversario, y lo echan — rechazado de la Convencion, porque no debe entrar en ella hombre acusado de comercio impuro con los dineros nacionales, — á llorar, con impotentes iras, su inesperada y pública vergüenza al Puerto Nacional de Ocaña, donde inútilmente espera que el crédito del Libertador le vuelva el suyo, y donde, abrumado al fin, piensa en esquivar el rostro ruboroso de la Patria que lo ve humillado.

Fortalece en Cartagena ánima y cuerpo, y vuelve de nuevo los ojos, que un instante tuvo fijos en Bolívar y en Ocaña, al ensayo del año 1826, y á Páez. No dice á Bolívar, á quien en Agosto felicita por el término súbito de la Gran Convencion, y asegura que por él y sus hazañas de paz, más difíciles que las de guerra, vuelven á abrazarse venezolanos y granadinos, — cómo en Julio, con la primera pluma que en tierra de Venezuela hubo en sus manos, escribió á Páez, en carta batalladora, que de grandes cambios era la época, por la que todos suspiraban, y de Páez la fuerza de mover aquella revolucion unánime é indispensable que

tenia consigo á los hombres que pensaban y á los que batallaban.

Ya, con la rara fuerza de acometimiento que debia á la naturaleza, á todo acude y preparálo todo para la cercana resistencia, porque él tenia las capacidades de ir poniendo en órden los elementos mismos que airaba y encrespaba, la cual es dote grandísima en tiempos de revoluciones; ya, con fulmíneo arranque, pide á Bolívar que extermine á los malvados que á su vida atentan; ya, como para impedir á Bolívar que mancille su gloria, ó para obligar á Páez á que se la respete, ó para volver á ser él grande, halla en aquel suceso memorable, y en aquel amor de compañero que á tanto hermoso guía, y en su ardiente sentimiento americano, el alto tono histórico que realza el manifiesto que suscribe Páez en 7 de Febrero, en encomio de las glorias del Libertador, que enumera y agrupa: — manifiesto que brilla y que batalla! No queria él, como tantos otros, celosos de glorias ajenas, ó atormentados de no poseer el valor necesario para lograrlas, fundar, con exclusion de su sublime hijo, la independendencia de la patria. Estremece y conmueve aquella página vibrante en que, por entre las pasiones de vulgar órden que empujaban la mente del diestro valenciano, asoma aquel elemento grandioso que le dió brio en la Sociedad Patriótica, y que se fué en mal hora mermando, con la comun merma de los hombres y los tiempos. Que los que se conservaron á su natural altura, como los hombres no perdonan nunca á los que les son reconocidamente superiores, perecieron.—Ni en Temístocles, ni en Pisístrato, ni en César, ni en el astuto Napoleon, ni en el honrado Washington, halla alguno á Bolívar semejante. En su paseo por la historia, ha recojido los elementos útiles. Con su ojo penetrante, reduce lo grandioso pasado á sus proporciones naturales; y

como con igual seguridad vé lo que fué que lo que va siendo, compárales sin miedo, y unge grande al más grande. ¡ Qué modo de decir aquel, para acabar un admirable párrafo:—“Ha tenido que lidiar con los cielos y con la tierra: con los hombres y con las fieras: lo diré de una vez, con españoles y con anarquistas !”

Poblábanse por entónces los círculos políticos, grandemente animados á la separacion de Venezuela, de los reciénvenidos á la vida pública, ó de los que no habian ganado en ella gran prestigio, los cuales andaban temerosos de la importancia de los que habian sobre sus hombros alzado la Patria. Érales fácil achacar á deslealtad el natural vaiven de los ilustres de Colombia, que, como Peña á veces, entreveian, enardecidos por la palabra fervorosa de Bolívar, mejores pública sin sacudimiento y sin artes de guerra. Es más fácil apoderarse de los ánimos moviendo sus pasiones que enfrenándolas. Nó á celos parricidas enderezaba el ánimo de Páez nuestro abogado; ni sacó nunca criminal partido de aquellas amarguras del Padre de Colombia, ciego ya de dolor, que, con convulsivos movimientos queria aún retener entre sus brazos á su rebelde y cara hija. Es fama que antes de la batalla quedan los alrededores libres de curiosos; y luego del peligro y del triunfo, aparecen de súbito acrecidos los ejércitos con gran número de combatientes ignorados, que temerosos de no gozar la fama que de fijo no merecen, la decantan y pregonan con altísimas voces, en tanto que los vencedores verdaderos, contentos de sí mismos, se sientan en los bordes del camino á enjugarse la frente y las heridas.

Fué en 1829 de los voceros el triunfo, y de la deslealtad se hizo atributo, y la mayor ingratitud fué el mayor mérito. A defender el nom-

bre de Bolívar guía Peña la mano de Páez, aún en aquellos días de juntas, y actas, y clamores, y desconocimiento tempestuoso de la union de Colombia, y de su magnánimo jefe: no lo guía á atacarlo. A declarar le lleva que mueve guerra al pensamiento político que en Nueva Granada tiene asiento, nó á Nueva Granada: y al tender á sus adversarios despedazada la gloriosa acta de Cúcuta, tiéndeles aún en blanco el acta generosa de la paz. Páez, astuto, déjase empujar por los voceros que lo exaltan; mas, bien seguro de la prevision extremada y eficacísimos recursos de aquel hombre incansable, que á su culpa de haber contribuido al desmembramiento de Colombia, reúne el mérito alto de haber preparado á Vénézuéla para su establecimiento, y enfrenado las cóleras primeras de sus hijos, — asesórase de Peña. Que Peña, en tanto, por lo que estima su influjo, no cede en el propósito de ejercerlo: y por lo que ama á la patria, y al humano derecho, no consiente que el jefe ande sin brida. ¡Leal fué á la Libertad, el que ya no lo era á Colombia, ni á su magnánimo jefe!

Así, con aquella palabra diestra y lisa, semejante á extendida llanura, cercada de altos montes, de los cuales cayera sobre el llano inesperadamente la hueste enemiga, el batallante Peña, — que trueca por la labor desembarazada del Congreso, ya en 1830, la sujeta y oscura de su ministerio, — confunde, con grande honra suya, que ha de tenérsele en cuenta, á los que quieren hurtar á aquella Nueva Granada que él no ama un retazo de tierra que de derecho á Nueva Granada pertenece: como si en aquel pecho agitado no debiera extinguirse por completo aquella alma fecunda, en Vulcano templada, y hecha á Encélado! Niégase á la ignominia de imponer al Gobierno bogotano la expulsion de Bolívar de tierra de Colombia. Alza fusta crujiente sobre los que pretenden dar carta de ciudad

en el nuevo pueblo á los que intentaron manchar con su sangre ilustre el pueblo vecino. Siéntase como Presidente, al lado de Picon, que aún vive. Cerca de él bullen, Várgas, que lo auxilia; Yáñez, que observa; Gallégos, que calcula; Ayala, que condena; Ossio, á quien intrigas de gobierno arrebataron el palio arzobispal; Angel Quintero, ávido de adueñarse del ánimo de Páez, y voceador famoso; Manuel Quintero, que habia de amparar más tarde el honor de la República; Mariño, arrebatado y desprendido; y Tovar, respetado, y Michelena íntegro. Y firma luego como en Cúcuta la primera constitucion de Colombia, la primera de Venezuela en Valencia. ; Y también firma, rompiendo así el que venia siendo hermoso título suyo al póstumo respeto, — á trueque de un influjo que no vale jamas el decoro á cuya costa se le adquiere comunmente, — la proscripcion de Bolívar de Colombia, y la clausura de sus hogares para sus servidores, — aquellos dos decretos que él flageló con su palabra hermosa, y que suscribe ahora con tranquila mano, sacrificando al propio encumbramiento el placer fiero de amar á la desgracia y respetar á los vencidos! Oh! qué airosa figura, clavando entónces en el papel rebelde la pluma avergonzada: ó en su pecho aquel elegante puñalillo, de cabo y contera de bruñida plata, que fué siempre, en aquellos dias de lidia y susto, su compañero en el Senado!

Así se vá extinguiendo, con su capacidad para la grandeza, aquella vida que comienza en monte y termina en llano. Para amoldarse á los tiempos tuvo siempre aptitud maravillosa, y era de aquellas raras naturalezas que tenian en igual suma la dote de destruir y la de cimentar. Ya para 1831, él es el Presidente del Senado, que no sabe como entenderse con la vecina Nueva Granada; esquivá á Páez, que de él se esquivá; declarada, despues de formidable lucha con Angel Quintero, capital

á Carácas, acompaña á su jefe hasta las puertas de aquella Valencia que entrañablemente ama; y no vá más allá, y á Páez lo dice, "porque él es como el gato, que acompaña á su amo hasta la puerta de su casa." Nuevos dueños vá á tener Carácas: de Valencia, él es dueño. En su casa, allá en el barrio viejo de la Candelaria, al caer de la tarde, al amor de aquellas copiosas enredaderas que dán sombra á su comedor elegante y afamado, bosquéjense ternas para puestos públicos, viértense noticias, recíbense inspiraciones, escúchansese cuentos incisivos, detiéndense sus oyentes asombrados de la profundidad de su juicio, de la gracia de su frase, de su ciencia de los hombres, y de la energía de su infatigable pensamiento. Vése en él cómo el vivir de prisa, y no rehuir los halagos de la vida, ni ordenar sus hábitos, merman presto el cuerpo. Del trabajo, su reposo es el trabajo. De hacer la historia, descansa en leerla. Era de verle en aquellas conventuales noches, cercado de veneradores contertulios, habituados á hallar en él en casos árdus remedio á los achaques públicos; sentado, en su cuarto de escribir, ante aquella ámplia mesa, sobre la cual, en órden riguroso, y en imágen fiel de su cerebro vasto, casa extensa de tanta idea precisa, campeaban entre escasos libros, abundantes papeles, — y acá un voto, y allá un manifiesto, y allá una carta, y por entre todo, esperando el tajo diestro de su mano firme, un haz de blancas plumas, esponjadas y como orgullosas de quien habia de manejarlas. Era de ver cómo leía, con claridad extrema, y con su voz reposada y distinta, encumbramientos y derrumbes de hombres y de pueblos, y mudanzas y lides de naciones, y sucesos enormes y pequeños; en lo que habian placer muy grande sus oyentes, y mayor cuando dejaba el libro de las manos, y fijando en ellos su mirada ahondadora, y

sacando de la tumultuosa época en que habia vivido, y de la misma en que vivia, enseñanzas y símiles—vestia, con animado comentario, el relato huesoso, ó esclarecía, con deslumbrante crítica, el viejo caso oscuro.

Era dado al fausto, y en su mesa espléndido; y no habia en las casas valencianas, ni más muelle sofá de negra cerda, ni sillas más costosas, ni más robusta mesa, de su fanal colgante coronada, ni cuadros más valiosos que aquellos de la independencia norte-americana, que en sus trabajados marcos de oro eran adorno de su hermosa sala.

De sus adversarios muy temido; de los valencianos muy amado; de los amigos de las cosas viejas, visto como un atleta de las nuevas; dotado de áspera entereza en el carácter, y de blandura sorprendente en el talento; nacido á dirigir, por ingénita valía,—y á gobernar, porque sabia plegarse; grande primero, pequeño algunas veces, hábil, apasionado y elocuente siempre,—murió al cabo, en el crepúsculo de aquella guerra fúlgida, que habrá de ser perpétua admiracion de los humanos, aquel letrado brioso que se habia rebelado contra un trono, dado vida y muerte á una República, y cercenado de sus ruinas otra.

JOSÉ MARTÍ.

LIBROS NUEVOS.

MUESTRA DE UN ENSAYO DE DICCIONARIO DE VOCABLOS INDÍGENAS, por *Aristides Rójas*.—Caracas.—Imprenta de "*La Opinión Nacional*."—Aristides Rójas agota cuanto toca. Sale ahora al encuentro del etimólogo de España, Roque Barcia, en quien las malaventuras políticas y quehaceres republicanos no merman la profunda ciencia de cosas arianas, ni la ingénita dote para hallar la causa lejana de voces y sucesos:—y vence con suave modo y fuerte razon á Roque Barcia. Tala y devasta por la mies enemiga: demuestra, con riqueza de datos fastuosa, que no son las palabras de Indias tan deslustradas como Barcia en su *Diccionario Etimológico* las presenta

Elige, como campeón leal y seguro de su fuerza, la arena enemiga para librar combate. Y vuelve de ella alzada la visera, sin herida el corcel, enastada la lanza.

Y ¡qué ciencia le ha sido necesaria para laliza! ¡Qué saber de cosas geográficas, y físicas, y literarias, y vulgares! ¡Qué andarse, como por casa propia, entre el pic-huun, el libro de los mayas, y el quippu, el libro quéchua.—! ¡Qué tomar la palabra en su huevo, y juguetear con ella, y desfibrarla, y reincorporarla, y mostrarla al que la lee absorto en toda su hermosura y poderío! El sabe de lo suyo y de lo ajeno: explica y desmenuza el vocablo de los chaimas como el de los aztecas, y el de los tupíes como el de los muyscas, y el de los guaraníes como el de los cumana-gotos. Si de cosas de México habla, manéjalas como pudieran don Francisco Pimentel, que mereció lauros de Francia, y Orozco y Berra, á quien toda loa es debida por su extrema ciencia mexicana. Y si de cosas de Cuba escribe Rójas, en nada le aventaja D. Estéban Pichardo, el etnólogo insigne, que midió á palmos la tierra siboneya, y supo profundamente de bajareques y bohíos. Y de palabras y costumbres quéchuas, tanto sabe como un quipucamáya. Van en Rójas unidas, con muy rara presteza, la idea y su ejecución: ni en idear se le saca delantera, ni en ejecutar se le gana hora.—No bien llega á sus manos la abultada obra de Barcia, busca con anhelo cuanto en ella hace relación á esta tierra de América, por cuya gloria, gracia ingénuo y valer desconocido vive, y cuyo genio posee; duélele hallar la verdad desfigurada. y las lenguas de los buenos indios enpequeñecidas;—y ganoso á un tiempo de abrir, con mano segura, via que en silencio venia hollando,— y de pagar tributo digno de él, á quien en tan sabrosa lengua ha honrado al gran poeta de México, — compara los vocablos que Barcia trae errados con ellos mismos, tales como los recataba de publicación temprana en su *Ensayo de un Diccionario de vocablos Indígenas*, extraordinaria obra, á juzgar por la enseña,— y la pone reverentemente en manos del generoso y discreto Guerra y Orbe, que ha de darse de fijo con deleite á la lectura del gustosísimo regalo. Y hé aquí como Rójas, calladamente y sin ayuda, toma á pechos y alza triunfante en hombros, la tarea para la cual ha buscado, con tan desafortunado empeño, la Academia de la lengua colaboradores. A honor marcado tiene La REVISTA la publicación de esta muy rica muestra filológica, que, para que sea adición á su segundo número del 15 venidero, pasa de las manos de su laureado autor, á quien el caballero Don Fausto Teodoro de Aldrey regala la obra impresa, á las nuestras, que estrechan las del discreto filólogo en alabanza del mérito y en reconocimiento del presente.

VENEZUELA HERÓICA.—*Por Eduardo Blanco.*—*Caracas.*—*Imprenta Sanz.*—Cuando se deja este libro de la mano, parece que se ha ganado una batalla. Se está á lo ménos dispuesto á ganarla:—y á perdonar despues á los vencidos. Es patriótico, sin vulgaridad; grande, sin hinchazon; correcto, sin alarde. Es un viaje al Olimpo, del que se vuelve fuerte para las lides de la tierra, templado en altos yunques, hecho á dioses. Sirve á los hombres quien así les habla. Séale loado.

Cinco batallas describe el libro: La Victoria, llena toda de Ribas; San Mateo, que de tumba se hizo cuna; las Queseras, que oscurecen á Troya; Boyacá, por dónde se entra á Colombia; Carabobo, donde muere Hernan Cortés. Con grandes palabras dice estos grandísimos hechos. Cada combate tiene sus héroes y sus formas, y, con urdimbre artística, lo menudo y humano de la lidia, como distribución de tropas y lugares, está habilmente mezclado á lo divino. Así se desataron las legiones; así pujaron; así se deshicieron, tambalearon, rujieron y vencieron. Cada casa venezolana tiene allí sus dioses lares: los Cedeño, los Jugo, los Montilla, los del hermoso Anzoátegui, los Ibarra, los Silva, los Urdaneta: toda la nobleza de la libertad tiene allí cuna: no tuvo pueblo jamás mejor nobleza!—Y los bravos ingleses son loados. Y á los españoles, luego de vencidos, no se les injuria.—Precede á cada empeño de armas notable ensayo histórico, sobre los elementos, condiciones y significacion de la época en que acontecen, con variedad tan rica aderezado, y tan meduloso, y tan brioso, que en este libro la página última está al lado de la página primera. Todo palpita en *Venezuela Heróica*, todo inflama, se desborda, se rompe en chispas, humea, relampaguea. Es como una tempestad de gloria: luego de ella, queda la tierra cubierta de polvo de oro. Es un ir y venir de caballos, un tremolar de banderas, un resplandecer de arneses, un lucir de colores, un golpear de batalla, un morir sonriendo, que ni vileza ni quejumbre caben, luego de leer el libro fulgurante. Y parece, como en los cuadros de Fortuny, un campo de batalla en que no hay sangre: ¿ cómo ha hecho este historiador para ser fiel sin ser frío, y pintar el horror sin ser horrible? Y ¿no hay que admirar tanto las hazañas que inspiran, como el corazon que se enciende en ellas y las canta? Se es capaz de toda gloria que se canta bien. Se tendria en sus estribos Eduardo Blanco sobre el caballo de Bolívar.

Propiedad más estricta cabria en alguna imágen; pié más robusto para un vibrante párrafo; forma más concisa para alguna idea profunda. Y más seguridad en el lenguaje cabe, no por cierto cuando batalla y resplan-

dece, como arrebatado de la gloria, sino cuando, sin mermar la excelencia de su juicio ni la moderacion de su energía, juzga en sus breves instantes de reposo los hombres y sucesos. Pero este libro es una llama; y su calor conforta y gusta. He ahí el libro de lectura de los colegios americanos: *Venezuela Heróica*: he ahí el premio natural del maestro á su discípulo; del padre á su hijo. Todo hombre debe escribirlo: todo niño debe leerlo; todo corazon honrado, amarlo. De ver los tamaños de los hombres, nos entran deseos irresistibles de imitarlos.

LA VENEZOLIADA.—*Poema, por J. Núñez de Cáceres.—Carácas.—Imprenta Sanz.*—Gozo, y no fatiga de las prensas, ha venido siendo durante el último mes, este libro singular, no porque sea su asunto extravagante, ni su forma caprichosa, sino por su extension, originalidad, abundancia y empuje.

Esta obra es un acto de bravura. No paga su autor con ella tributo al tiempo corriente, que vive—en cosas de letras,—bien por desconfianza de sí propio, bien por falta de objetos invariables de amor hondo, bien porque las urgencias de la accion no le den espacio á los entretenimientos de la expresion, muy dado á lo pequeño. Ni para meditar, ni para escribir, ni para leer lo extenso hay tiempo. Ni ¿cómo un poema, cuando—en esta edad tumultuosa de derrumbe y renuevo—no es raro que al mediar ya la faena, hayan sufrido cambio esencial, ó merma-grande, las ideas que nos hicieron concebirlo? ¡De cuánto provecho para nuestros hijos, pero de cuánto tormento para nosotros, es vivir en este siglo ardiente!

De gran dote de abstraccion, que acusa universalidad de espíritu, se ha menester para sacudirse esos racimos de canes que nacen prendidos de los miembros del hombre de valía, y hacer obra de unidad extensa en una época tachada justamente de falta de unidad.

De estos libros se lamenta la escasez, y es fuerza celebrarlos cuando vienen. Esa es buena manera de servir á la patria: grabar lo que se desvanece: dar molde nuevo al recuerdo viejo: reconstruirla. Y eso es *La Venezoliada*: una pintura exuberante, rebosante, fresca, risueña, húmeda, de aquellos días de paz menguada, en que eran los cuerpos, regocijados aposentos de espíritus en cuna: los días de la Colonia. Van los cuadros, vistos de tal manera que parece que el poeta ha suprimido con ojo avaricioso la distancia, rodando mansamente y sin violencia, de silva en silva amena, que recuerdan por cierto, aquellas agraciadas en que escribió Vicente Sábias su *Médico-maquía* burladora. Aparejadas van en el poema la porten-

tosa riqueza del intento, y la inagotable, audaz y sorprendente de la rima. A las veces, aguijado del excesivo pensamiento, aglomera asonantes, y salta por un verso que no le ocurre pronto y acaba flojamente, ó con un giro oscuro, para admirar al punto con una estrofa seductora y nítida, que pone, por lo donairoso, regocijo, y, por lo revuelta y atrevida, asombro. El, como los cristales del histólogo, ha encontrado palacios en el átomo. Nadie como él conoce la fibración y composición de lo pequeño; ni nadie halla colores mas enérgicos para pintar Naturaleza grande. Ha limpiado de sombras el espacio. Ve, con hondos ojéos de miniador, en el magnífico paisaje, el cielo ricamente enfaldado, que lo corona; y el monte que le dá fondo macizo, y la maraña selvosa que lo viste, y el bátraco que suele interrumpirla, y el insecto volante que lo cruza, y el polvillo de iris que colora las alas revoltosas del insecto. Así, luego de caprichoso y melancólico principio, empapado á menudo de invisibles lágrimas, nos lleva, asiéndonos con su impaciente mano, á aquellos llanos plácidos que á la falda del Avila se tienden, y á la sombra de los javillos en la llanura, y á la de los granados en el patio de las casas, y á la sala de éstas, y á todas sus habitaciones interiores, y á los hábitos y curiosidades de sus dueños, ya mantuanos lujosos, que se sientan en butacones de cordoban claveteado, ya personas humildes, que viven en su casa de encomienda, esmaltada de imágenes de santos, que dan lance al poeta para lucir su magistral dominio del detalle. Y á las octavas, con sus fiestas locas; y á los toros, cerrados en las calles, y vistos de balcones; y á la Semana Mayor, ocasion de fausto, y competencia, antaño como ogaño; y al bautizo, al matrimonio, á la famosa ceremonia, con bailes celebrada, y con sangrías, chorote y biscañuelo, de quitar por primera vez la barba al primogénito: y á oír, y á ver, rodeados de llaneros, — que nos cuentan de sus caneyes y chinchorros, y de la que les borda sus camisas, y adereza sus *uñas de pavo*, — el zambe revueltísimo, el alegre joropo, y la llora monótona, y la extraordinaria bamba-buena. En un canto celebra al afamado Garcia, al lamentado Solano, á Aveledo virtuoso, á D. Elias Rodríguez. En otro ¡oh cosa extrema! analiza con imaginaciones estupendas, los componentes varios y revueltos que han originado nuestras razas. Tiene allá y acá, cual cosa colosal, irregularidades de coloso. Y encarnizamientos de imaginacion. Y excesos de desembarazo: — nunca desmayo, nunca vulgaridad, nunca pobreza. — Entraña de mar parece el libro.